

que la obra es lo que se dice una obra, y quita muchos moños a muchos que se creen... — Aquí Juan Fernández sonríe con aire triunfador. ¡Ahí es nada hablar de cosas de teatros con esa suficiencia!

Pero el asturiano, que le ha calado la intención, dirigiéndose también a Paco, como si nada hubiera oído, le dice:

— Usted, si quiere conocer a la Pino, se viene usted conmigo a la Comedia la noche de la inauguración, y yo se la presento, y verá usted elegancias y finuras por todo lo alto.

Con lo cual Juan Fernández verdeguea: el nuevo huésped triunfa, y la comida termina en silencio.

VIII

Aquella noche Paco duerme mal, pues casi toda ella se le va en pesadillas. Primero sueña que la cama es el tren, y que del traqueteo se desquicia, y que él sale rodando cuesta abajo, y que, rueda que te rodarás, da con sus huesos al pie de un poste kilométrico, el número 1, ni más ni menos; pero aquel poste no es un poste, porque es Juanito Roca, que suspira fumándose un cigarro. A la vista del leonés desengañado, Paco da un grito, y se despierta.

Vuelta a dormir, y vuelta a desbarrar. Sueña que está en el pueblo fumándose una pipa, y sueña que don Lino va de caza y que sus perros son los perros de yeso blanco y rosa que están sobre la cómoda dando guardia de honor a la pobre Minerva, y lo más peregrino del caso es que el un perro es el vivo retrato de Carlitos Gutiérrez. Sin despertar del todo, cambia de tema el

soñador: ahora es Minerva la que está en turno. Minerva, que por arte de magia se ha transformado en don Enrique Alvarez, con su cara de torta y su hablar de chorro, y que dice: — Usted, si quiere darse buena vida, y triunfar, y gastar, como a persona de su posibles corresponde, júntese conmigo, que yo sé esto y lo otro y lo de más allá, y soy hombre de gusto y entendimiento, y sé con qué se pinta los labios la hija de la patrona, que es guapa hembra de verdad, y no maleja para un por si acaso... Y digo esto de para un por si acaso, porque usted ha de ver las otras que yo me traigo al retortero; mujeres de las elegantes y de las tituladas, si a mano viene, y bien vestidas y mejor calzadas, con rasos de verdad, de los del Congo, y no de esas seditas de tres al cuarto que vende el cursi de Juan Fernández. ¡Mire usted que horteras a mí! Me río yo de los horteras. Véngase usted conmigo, que los dos somos hombres de carrera y de representación, y hasta de arraigo si bien se mira, y déjese usted de tonterías, y de zapatos relucientes, y de calcetines a rayas, porque los calcetines a rayas, y más si son de color violeta, sólo se atreven a gastarlos ya los *chicos del comercio* —. ¡Válgame Dios, con qué desdén decía la Minerva, trocada en estudiante asturiano,

aquello de los *chicos del comercio*! Paco, dormido y todo, piensa, ruborizándose, en una lápida que hay bajo un mirador, y que, a la letra, dice: *Almacén de generos coloniales y fábrica de embutidos de Manuel Trelles*.

Y tal desasosiego le causa la idea de que aquel indino pueda leerle el rótulo en el pensamiento, que despierta de golpe.

A tiempo que a su puerta suena la voz rotunda que en pesadilla estaba amonestándole, y oye que con él habla y que le dice:

— Pero, alma de Dios, levántese usted, que ya han dado las ocho, y las mañanitas de otoño son de lo bueno que hay en Madrid. Arriba, que hay que dar un paseo por las Ferias. Pero, hombre — añade, colándose en la habitación antes de que Paco haya tenido tiempo de saltar de la cama —, ¿usted no sabe lo que son las Ferias de Madrid? ¿Y se está usted con esa calma? ¡Arriba, arriba!

Paco, aun soñoliento, no sabe si habla el don Enrique o habla la Minerva; y a la cara de torta del uno y la de bronce de la otra, dirige alternativamente miradas, que, si no son de espanto, lo parecen.

— Cinco minutos le doy a usted para vestirse; y no se tarde más, porque reñimos.

Dicho esto, comienza a dar paseos por el cuarto, desaforadamente.

A Paco no le hace maldita la gracia aquella intrusión. Amén de que la alcoba es reducida y la ruidosa humanidad del asturiano parece acapararla y aun henchirla de punta a punta, moléstale vestirse delante de un extraño; al cabo hace un esfuerzo, salta de la cama y empieza la tarea de limpieza, que para Paco, muchacho pulcro si los hay, es siempre prolija.

— ¿Sabe usted — dice el otro, que apenas vió la cama libre se ha acomodado en ella panza arriba, después de darle lumbre a un cigarrillo que encuentra sobre el mármol de la mesilla de noche —, sabe usted, amigo, que he descubierto en este prosaico pupilaje una historia de amores?

— Sí, ya sé...

— ¿Cómo que sabe usted?

— Ya sé que don Marcelo está enamorado de Mariquita.

— Valiente descubrimiento sería ése. Sobre que el pobre viejo se lo dice a todo el que lo quiere oír. ¡Se trata de la otra!

— ¿Cómo de la otra!

— Hombre, no sea usted pazguato: de Aurorita, la pálida.

— ¡Con Juan Fernández! — salta Trelles como una exhalación.

— ¡Con Fernández! — vocifera el de Asturias—. Calle usted, hombre; pero ¿usted se figura que hay mujer capaz de enamorarse de mequetrefe semejante?... ¿Usted no ha visto que lleva una corbata verde por el derecho y azul por el revés?

Paco arriesga tímidamente que no tiene él a las corbatas azules y verdes por antídoto infalible del amor.

— Bien se conoce que no sabe usted media palabra de mujeres.

— Eso habría que verlo.

— No se incomode usted, que todo se verá, ¡digo si se verá! — y se ríe con risa picacona.

— Pues si no es con Fernández... no veo...

— Eso decía yo: no veo; pero he visto. ¿A que no acierta usted? Con Carlitos, amigo, con Carlitos.

— Con Carlos Gutiérrez, querrá usted decir.

— ¡Ah! Usted le llama Carlos y Gutiérrez. ¡Todo sea por Dios!

— Hombre..., puesto que él lo desea...

— Ha de saber usted que cuando a un hombre le llama la patrona Carlitos, es porque ese hombre se lo merece; créamelo usted a mí.

— ¿Y la patrona sabe...?

— ¡Qué ha de saber, hombre, qué ha de saber! Y desdichado de Gutiérrez el día en que lo sepa; lo mejor de la historia es que él no quiere saberlo tampoco.

— ¡.....!

— ¡Claro que no! Como que, si se da por enterado, se le acaba la ganga.

— No comprendo.

— Pero, vamos a ver, alma de Dios. ¿Usted qué se figura que es el tal Carlos en esta casa?

— Un huésped...

— ¡Como usted y como yo!, ¿verdad? Y lo es, sí, señor, con una diferencia, ligera si usted quiere, pero al fin diferencia: usted y yo pagamos, y él no paga.

Paco recuerda, y aun comprende, las amabilidades del cuitado.

— ¡Pobre chicol!

— ¡Y tan pobre! Pues figúrese usted qué fatigas las suyas. La madre le mantiene y la hija le adora: entre dos enemigos, ¿cuál escoger que menos dañe?

— ¿Y cómo se ha enterado usted del caso?

— Verá usted. El tal Gutiérrez duerme en la alcoba del pasillo: parece ser que antes ocupaba

la mía, la de la sala; pero, al venir yo, descendió en clase. La tal alcoba comunica con la mía por un montante. Estábame yo anoche cogiendo el primer sueño, cuando siento una voz de mujer que pregunta quedito en la de al lado: «¿Duerme usted, Carlitos?» El otro no responde; yo harto sé que no duerme, porque hace dos minutos le oía revolver por el cuarto, canturreando a media voz. «¿Duerme usted?», torna a preguntar la voz femenina. Sigue el silencio; entonces se entreabre la puerta, y algo, un paquete, sin duda, cae con ruido levísimo sobre el pavimento. Yo, lleno de curiosidad, salto del lecho, salgo a la sala a medio vestir, y alcanzo a ver flotante en el pasillo la cola de la bata de Aurorita, que se aleja poblando el aire de suspiros. Y usted dirá: ¿qué había en el paquete misterioso? Idéntica pregunta estaba yo haciéndome, cuando acierta a salir por el montante una columna de vapor aromado. ¡Gutiérrez fumaba! Usted acaso ignora que Gutiérrez no fuma sino...

— ¡Algunas veces!

— Precisamente: veo que sabe usted la historia. Luego el paquete (deducción archilógica) era una cajetilla; luego la cajetilla era obsequio de Aurora; luego, cuando una dama obsequia tan si-

gilosamente a un galán que duerme, y ese galán que duerme no se despierta, y la dama se aleja suspirando, ¡sáqueme usted la consecuencia!

— Por sacada. ¡Pobre Aurorita y pobre Gutiérrez!

Paco termina de acicalarse. ¡La verdad es que no tiene mal ver! Hasta es posible que el espejo *con aguas* se sorprenda de reflejar rostro tan saludable, y sonrisa tan fresca, y ojos que muestren tan a las claras el gozo de vivir.

Verdaderamente, el día anterior, la angostura de la calle, y la lobreguez de la casa de huéspedes, y la oscuridad de la alcoba, amén del busto de Minerva y otros detalles por el estilo, habíanle ensombrecido un tanto el humor, y al meterse en la cama, no digo que se felicitase grandemente de los comienzos de la estancia en Madrid, pero en la gente joven, y mucho más si es fuerte y oye sonar a plata cuando mueve el chaleco, es raro que no se realice el deseo que para una mujer cifró un poeta en una copla:

«Que cada vez que amanezca
despunte el sol por tu alma.»

El sol y la luna, y casi todo el sistema planetario, debían estar en aquella hora despuntando en

el alma de Paco, si de tales despuntes puede juzgarse por el rebrillar de los ojos.

— Ya estamos listos — dice el don Enrique.

El cual, con grande estrépito, salta de la cama y se cuelga al brazo de su nuevo amigo.

Paco, que en el primer momento sintióse algo molesto por la intrusión del alborotado mozo, ahora se alegra de ella, pues le parece el tal inmejorable guía para los laberintos madrileños en que tantas y tamañas aventuras piensa correr.

La sala está desierta; en el corredor, las niñas, despeluznadas, se ocupan en menesteres de limpieza. A Mariquita, el desaliño matinal le sienta bien. Aurora, con el pelo lacio y la bata suelta, parece más melancólica que nunca. A un lado de la mesa, el tenedor de libros se desayuna; el de las sederías ya se ha marchado, porque la *Villa de Oro* se abre a las ocho y media; en la cocina se oye la voz de la patrona, hablando con el gato, al que también llama *hijo mío*, y se atisba la sombra de Gutiérrez, que lustra con ahinco un par de botas de mujer.

— Mamá — grita la melancólica —, el desayuno para don Paco y don Enrique.

Pero don Enrique asegura que es muy temprano para desayunar, y que mejor que el chocolate

en casa, ha de sentarles el vasito de leche tomado en el Retiro. Y como Paco aun no ha vencido por completo la *mijita* de *reparo* que le inspiran las refacciones sobre aquel mantel de hule amarillento, que lleva en colorines el mapa de España, y sobre el cual la pluma experta de Juan Fernández va dejando en sus ratos de ocio ilustraciones caligráficas de la más estupenda complicación, toma por buena la propuesta del asturiano, y al Retiro se van.

— Porque — le va diciendo don Enrique mientras bajan por la Carrera, que en tales horas matinales, despejada de gentes y carruajes, parece un río que se hubiese quedado seco — estos paseos de mañana son convenientísimos para cuerpo y espíritu a nosotros los que trabajamos intelectualmente; quiero decir, amigo Trelles, a quien, como usted y yo, nos dedicamos al arduo estudio de una carrera literaria; arduo, sí, señor; aunque otra cosa crean los mequetrefes que, como Juan Fernández, se pasan la vida detrás de un mostrador. Yo — y usted, por supuesto —, pensando, nada más que pensando tres minutos, gasto, digo, gastamos, más energía de cerebro que ellos en tres semanas.

No juraría yo que Paco vaya escuchando aque-

llo que el asturiano le va diciendo: sus palabras le sirven más bien de arrullo que de conversación; a su compás saborea nuestro amigo las dulzuras de la mañana, que está fresca y cristalina, y dorada de luz, y más que purísima de ambiente. Ya por lo alto, cerca de la Puerta del Sol, agradóle la calle que iban recorriendo; pero pasada la encrucijada de aquellas otras que con la de Sevilla vienen a emparejar, no bien, sino de perlas, íbale pareciendo la cuesta por donde resbalaba el sol, y las casonas de buen ver al uno y otro lado, y los escaparates que se abrían y que tan lindas cosas iban mostrando, y aquel final de la calle como perspectiva de teatro, con sus verdores de arboleda en lo hondo, y aquella iglesia con empaque de gótica y de catedral sobre la cuesta de más allá; y aun más allá, más arboleda, y el cielo azul y soleado por encima de todo. No le sentaba mal a aquella letra de hermosura la musiquilla de palabras del señor don Enrique, las cuales, si no decían mucho, sonaban bien.

— Mire usted — dijo el tal, llegado que hubieron a la plaza de las Cortes —, éste es el Congreso de los diputados.

Paco miró con toda su alma, sobrecogido por amorosa curiosidad; y a estas palabras: Congreso

y diputados, sus algo amortiguadas ilusiones políticas retoñaron con lozanía primaveral. ¡El Congreso! Como quien dice su futura casa. De modo que sobre aquellos escalones blancos y pulidos habría él de pasar para ir a discutir esto y lo otro, las cosazas aquellas que tanto importaban al bienestar del pueblo; y aquellos leones de bronce le verían pasar por entre la turbamulta de padres de la patria. Y a la sombra de aquellas columnas y de aquel tejadillo a modo de dosel, arraigaría el lauro de su fama. Alzó Paco la vista por contemplar a su sabor el tal tejadillo, y aconteció que había en el frontón multitud de palomas, y que, moviéndose de pronto y aleteando, como ellas eran blancas, y blancas son las esculturas que lo adornan, quebró el movimiento de sus alas la inmovilidad de los mármoles, y las luces y sombras suscitadas por el aletear fingieron por un instante estremecimientos de vida en aquella historia de piedra. Y allí fué el aletear de los sueños de Paco, nuevo estremecimiento, más que el de las marmóreas figuras sobrenatural y triunfante.

— Hermoso, ¿eh? — murmuraba el de Asturias —. Estos animalejos — aquí lo reza el zócalo — fueron hechos con bronce de cañones tomados en la guerra de Africa. ¿No es cosa que entu-

siasma pensar en estas heroicidades? ¡Cuando yo le decía que los paseítos mañaneros son fortificantes para cuerpo y alma! A estas horas se siente uno más hijo de Pelayo que a las tres de la tarde, por ejemplo.

Con estas y otras pláticas, o más bien monólogos — porque Paco, embebido en sus pensamientos, no tomaba gran parte en la conversación —, iban llegando al Prado.

Estaba tan tranquilo, que parecía, más que paseo público, avenida de posesión particular: cuanto chiquillos practicaban gimnasia en las barras de hierro que le cercan. Paco, tan revoltoso tenía el ánimo, que sintió deseos de hacer como ellos, y perfiló su voltereta correspondiente, mientras el don Enrique buscaba la salida. Aplaudieron los muchachos gimnastas, y Paco, finamente, los saludó.

— ¿Qué es aquel edificio?

— Aquello es el Museo de Pinturas. Cosa buena; yo vengo pocas veces, porque hay un olorcillo que, a decir la verdad, me marea; pero cualquier día le acompañaré a usted, porque hay que verlo todo. Otro museo: en éste no hay más que estatuas descabaladas; cosa de poca monta; y ahora, amiguito, abra usted bien los ojos, porque vamos a entrar en el Retiro.

Y era, en verdad, cosa de abrirlos aún más de lo que el don Enrique creía; porque, en aquella hora de paz, la belleza del callado jardín acaso rebasase largamente los límites de su facultad admirativa. Entrado habían los paseantes por la puerta que fué de San Vicente, y una vez en lo alto de la quebrada escalerilla, los bojés del parterre ofrendaron la magia de su laberinto, velada con cendales de tornasolada neblina: por el sol, si ya triunfante en las frondas profusas de lo alto, aun no había bajado a la hondonada del versallesco jardín, y aun muchas gotas de rocío destrenzaban la luz sobre el verdor profundo, y aun un vapor lechoso y tenue parecía prenderse a la ramazón de magnolias y áromos, y las hojas duras de las adelfas cortaban como lanzas la niebla y, empinando sus penachos garbosos, íbanse en busca de un chispazo de sol que hacer piruetear en el esmalte de su bruñida superficie. Sobre las fuentes secas yacían hojas secas también, vestidas para la hora de la muerte con púrpura y terciopelos, y estaba el aire tan sereno y tan quieto, que ni una de ellas se movía. Otras, a medio marchitar, prendíanse aún en las ramas, junto a la pompa de las vivas, que eran verdes, muy verdes, con ese verdor intenso que toma el follaje en los últimos días de

verano; verde que es casi negro, como un luto que vistieran los árboles por su futura desnudez. Y entre los bojés y las magnolias no había flores: la espuma de celindas y mundos — la gala blanca de abril — pasó, y pasó la pompa rosada del árbol del amor; y el triunfo rojo de las adelfas, las que parecen, cuando abiertas, caras de niño; cuando en capullo, pendientes de coral, y la policromía de las rosas, y ahora sólo quedan aquí y allá las rígidas corolas de las dalias, que quieren ser alegres y son austeras, y el plumero morado de la escabiosa, la flor de viuda. Los crisantemos mecen sus botones amarillentos, promesa de floración otoñal, y entre el polvo, casi a la orilla de un sendero, arrastra sus madroños una encarnada siempreviva, la flor que dura mucho porque apenas vive.

Paco y su acompañante pasaron de prisa, y, a decir verdad, sin penetrarse demasiado de la melancolía del jardín; antes bien: complacidos con la frescura y los buenos olores del ambiente, y más propensos a reír que a llorar. Que la naturaleza es libro escrito en notaciones varias: una, que todos aciertan a leer y que dice simplemente hermosura, y otras que van por dentro, que dicen alegrías o tristezas, y que sólo unos pocos saben

entender no del todo, que siempre tienen hartos que adivinar; el caso es que, dejado el *parterre*, después de un buen paseo por las bien sombreadas avenidas, llegaron a lugar propicio al desayuno; y, acomodados en la mesa con pretensión de rústica, dieron satisfacción al apetito con los anunciados vasos de leche, teniendo fronteras las aguas del estanque, que, quietas, lisas, bruñidas por el sol, y reflejadoras de un cielo sin mancha, bien pudiera creerse que se hubieran cuajado en un zafiro y que ya nunca se hubiesen de mover ni quebrar.

Paco observó de pronto que el amigo Alvarez había dejado de hablar, y, sorprendido por el silencio, miró; el buen astur cabeceaba lastimosamente, y es que su admiración a la naturaleza le producía siempre, sin duda por exceso de fervor, efectos soporíficos. Paco pagó los desayunos, y, dejando dormido al señor don Enrique, se levantó con el deseo de explorar por su cuenta los alrededores. Y a poco dió en un paseo ancho, que no era otro sino el de coches, y, siguiéndole, llegó a la plazoleta del Angel Caído. Allí, en un coche, único a la sazón en todo el paseo, vió lo mejor que desde su llegada a Madrid había visto, y fué un grupo de mujeres que en el landó se estaban.

Tres eran, tres, y a cual mejor le parecieron al hijo del cacique, súbitamente entusiasmado; eran pelinegras dos de ellas, y la tercera tenía el pelo de tan peregrino color, que un manojo de llamas parecía. Pelinegras y rubia, eran las tres de cutis blanco y fino, y traían grandes sombreros de paja con manojos de rosas por adorno.

Esto fué lo que Paco alcanzó a ver de pronto, y con todo, y con no ser ello la centésima parte de lo que en más minucioso examen hubiera podido descubrir, bastó lo visto para que por perfectas las tuviese el entusiasta leonés.

Por suerte el coche estaba parado, y, acercándose él como al descuido, pudo irse percatando de otros no menos sabrosos detalles; a saber: que, si hartos parecidas en el color de la tez, eran las tres hermosas bien diferentes en el matiz de los ojos; que los de las morenas eran, en una, verdes, y en otra, de color de castaña, tan oscuros, que por negros podían pasar; y que la rubia los tenía grises, con un ribete negro, y tan pícaros y reidores, que sólo con mirar como que suscitaban bur-las y donaires.

Pudo advertir también que las morenas iban vestidas de largo, y la rubia aun llevaba el cabello trenzado a lo niña, si bien las malicias de sus

ojos y el torneado de su busto airoso eran bien de mujer.

Y a quien tachare de harto minuciosas las tales observaciones para hechas al pasar, y de prisa, responder hemos que Paco Trelles era en estas materias buen observador, y que las niñas, que bien pronto advirtieron el examen, se dejaron examinar con sumo gusto, y aun favorecían con sabios cambios de postura la tarea del que miraba. El cual, mientras veía, andaba cavilando que, aquellas mujeres, por la gracia en el mirar, por la riqueza en el vestir, y hasta por la música de la voz — ellas charloteaban como pájaro, y él, sin llegar a comprenderlas, las oía —, bien podían ser reinas, y, sin duda, no bajaban mucho de duquesas o cosa así. Tenían el coche parado, y miraban a los boscajes de la izquierda como en espera de alguien; y, en efecto, a poco rato salió de ellos un niño, y siguió al niño un caballero de cierta edad. Caballero y niño subieron al coche, y el coche se alejó; y Paco, mirando al caballero, creyóle conocer; y, volviéndole a mirar, conocióle en efecto. Como que era el señor don Modesto Cascales, el diputado a Cortes por Puente-la-Piedra. Aquel señor a quien él tantas veces acompañó en sus correrías por el distrito, aquel que estuvo alojado en

su casa y que comió con él frente por frente. El señor de Cascales, que firmaba, escribiendo al señor Manuel Trelles, «su agradecido amigo»; aquel, en fin, para quien Paco traía una visita, y de quien esperaba, por derecho, no pocos favores. De modo, pensó, que las tres niñas del coche eran las hijas de Cascales, y él había de verlas y de tratarlas.

Pero ¡qué congoja le acometió al llegar a este punto de la mental peroración! ¡Pues no le daban miedo las tres madrileñitas; pues no estaba temblando como un doctrino al pensar en hallarse frente a frente de aquella rubia de los ojos grises! ¡Pues no, que las morenas! Y la culpa de la tal congoja tenía la el recordar cómo, al ponerse en movimiento el coche, las tres niñas habíanle mirado de soslayo, y después de mirarle y hablarse bajito, habían, mal que le pesase, echádose a reír, y juraría que en la tal risa hubo su poquillo de burla, de burla, sí, señor.

Con tales resquemores volvió a la vaquería, a tiempo que el amigo, ya despierto, se despe rezaba.

— Es admirable — comenzó a decir apenas vió llegar a Paco —, es admirable cómo distrae y absorbe el espectáculo de esta hermosura; de fijo

un cuarto de hora se me ha pasado sin sentir, y la mañana entera pasaría contemplando estos árboles y estas aguas...

— Ya, ya — murmuró Paco.

— Usted, amigo, bien lo veo, no gusta como yo de estas cosas. Usted necesita movimiento, ruido, ver gente, hablar; yo, con un árbol de éstos, tengo alimento espiritual para dos semanas.

— Sí; dicen que el dormir alimenta mucho.

— ¿Qué quiere usted significar con eso? ¿Dormido yo?... ¡Vamos, hombre, pues no faltaba más! ¡Ni que fuera un Juan Fernández!

Paco no quiso discutir.

— Vamos a casa — dijo.

— ¡Cómo a casa! Pues ¿y las Férias?

Paco no estaba de humor para ferias.

— Pero, ¿qué murria le ha entrado a usted de pronto?

Paco no lo sabe.

— ¿Qué se ha encontrado usted por esas arboledas de Dios?

Ahí duele, ahí duele. ¿Qué se ha encontrado?... Precisamente lo que se ha encontrado... ¡Pues, señor, que las niñas de Cascales se reían de él! ¿Y por qué se reían las niñas de Cascales? ¡Nada, que aquella rubia de los ojos grises debe ser el mismí-

simo demonio, y que aquella risita se le ha clavado en el corazón!

Y el asturiano piensa, de sí mismo orgulloso y satisfecho: «Está visto; estos muchachos poco intelectuales no saben admirar la naturaleza. ¡Vean ustedes qué cara de aburrido lleva este infeliz!»